

DEBATE

La Iglesia necesita tener propiedades para llevar a cabo su misión

ECCLESIA

11_12_2025

**John M.
Grondelski**



El artículo de Timothy Reichert “[El maximalismo cristiano de la propiedad](#)”, publicado en el número de diciembre de 2025 de *First Things*, debería impactar a los líderes católicos como un ladrillo lanzado contra una vidriera. Es uno de los pocos ensayos recientes que

se niega a complacer las agradables fantasías de las que han abusado nuestras élites eclesiásticas: que el colapso de la cristiandad es un “nuevo Pentecostés”, que el poder es sucio, que la pobreza es fascinante y que la relevancia se materializará mágicamente si seguimos “acompañando” a la cultura mientras nos empuja a los márgenes.

Reichert rechaza esta ilusión. Su argumento es sencillo: los cristianos han perdido el mundo porque han dejado de poseerlo. Y si los católicos quieren moldear algo —escuelas, barrios, cultura, política— entonces deben volver a poseer las cosas.

Se trata, aparentemente, de una propuesta radical solo porque muchos en la Iglesia actual se han vuelto alérgicos al realismo.

El cristianismo ha desaparecido y algunos obispos se alegran por ello

Reichert comienza afirmando lo obvio: el antiguo “ecosistema” católico —desde el cristianismo medieval hasta los enclaves de inmigrantes donde el incienso se mezclaba con el olor a pollo guisado— ha muerto.

Lo sorprendente es que algunos líderes de la Iglesia parecen aliviados. El cardenal Matteo **Zuppi**, presidente de la Conferencia Episcopal Italiana, afirma serenamente que el fin del cristianismo es casi una certeza doctrinal, una especie de inevitabilidad guiada por el Espíritu. Si *esto* es la “renovación”, entonces el tifo es un “entrenamiento cardiovascular”.

La opción Benedicto como vía intermedia hacia la irrelevancia

La *Opción Benedicto* de Rod Dreher ha intentado diagnosticar la crisis, pero su receta —el retiro voluntario en pequeñas comunidades— no puede sostener una Iglesia global. Los guetos, por muy devotos que sean, no construyen universidades, no sostienen los medios de comunicación ni modelan las leyes. Solo sobreviven hasta que la cultura circundante decide que ya ha tenido suficiente de sus excentricidades. El retiro no es una estrategia, es un preludio de la irrelevancia.

El “mundo negativo” de Renn es real, pero insuficiente

El libro de Aaron Renn, *Life in the Negative World*, describe con precisión nuestro entorno: el cristianismo declarado ahora tiene un coste, el cristianismo fiel puede penalizarte. Ha puesto de relieve este problema entre los protestantes estadounidenses, en particular los evangélicos. Es un libro que no ha recibido la atención que merece entre los católicos, pero la realidad es que tenemos una causa común en este problema.

Propiedad: la palabra que los líderes católicos tratan como si fuese plutonio

La doctrina social católica, desde los tiempos de León XIII, ha afirmado que la propiedad es buena y necesaria para la prosperidad humana. A diferencia de los románticos ingenuos que parecen comportarse como si la Jerusalén apostólica hubiera sido la **primera república popular** del mundo, la Iglesia ha reconocido que la propiedad privada es un derecho humano. Pero Reichert subraya lo que los católicos modernos parecen no comprender: no todas las propiedades son iguales.

Un millón de dólares en gadgets es adicción. Una empresa de un millón de dólares es independencia. El primero consume. El segundo moldea los gustos, las prioridades, las posibilidades y las elecciones de la sociedad.

¿Adivinen cuál de los dos tenían los cristianos? ¿Adivinen cuál de los dos condenamos ahora moralmente?

La peculiaridad cualitativa de la propiedad cristiana

Una sociedad propiedad exclusiva de no cristianos nunca dará prioridad a los valores cristianos ni producirá una cultura cristiana. Por eso es fundamental que los cristianos posean los medios de producción.

Por supuesto, no hay garantía de que los propietarios cristianos se guíen por los valores cristianos, al igual que los políticos católicos no han demostrado ser fieles defensores de la enseñanza católica en la vida pública. Pero los cristianos que lo deseen se guiarán por los valores cristianos. La cuestión es si nosotros, como Iglesia, damos prioridad a la formación de esos cristianos y consideramos ese proyecto como parte de la misión institucional de la Iglesia.

Sin embargo, su argumento principal sigue siendo válido: los consumidores devotos no moldean la historia. Lo hacen los propietarios.

Los obispos venden las propiedades de la Iglesia como casas de empeño

Nada ilustra el punto de vista de Reichert de manera más vívida que la liquidación

dictada por el pánico de las propiedades parroquiales por parte de los obispos estadounidenses, especialmente en las diócesis del noreste y el medio oeste. Lo llaman “gestión”. En realidad, se trata del equivalente eclesiástico de una venta de objetos usados para financiar los gastos operativos, lo que significa que el dinero se cobra, se gasta y no vuelve.

Una vez vendidos, los terrenos católicos no vuelven. Pero los compradores obtienen bienes que se revalorizan y una ventaja estratégica. Las infraestructuras perdidas por la Iglesia podrían, con un poco de creatividad, reutilizarse para la misión de la Iglesia. Lo que está ocurriendo en la “renovación de la Iglesia local” en Estados Unidos *no es* gestión. Se trata de una amputación institucional autoinfligida.

Una Iglesia pobre perjudica a los pobres

Gaetano Masciullo **revela** lo que los románticos de la teología de la liberación se niegan a reconocer: una Iglesia sin capital no puede ayudar a los pobres. Una Iglesia que depende de los subsidios del gobierno no puede hablar de manera profética. No hay nada peor para los pobres que una “Iglesia pobre para los pobres”.

Los ministros para los migrantes de la Conferencia Episcopal Americana son una prueba evidente de ello. Insistieron en que sus operaciones estaban guiadas por la caridad cristiana, no por contratos federales. Supongamos que es cierto. Sin embargo, cuando los fondos disminuyeron, también disminuyó su actividad asistencial. Una Iglesia con bienes que producen ingresos no se ve obligada a reducir sus actividades cada vez que el César aprieta los cordones de la bolsa.

El catolicismo necesita un ecosistema, no más eslóganes

Masciullo invoca un “ecosistema” católico: escuelas, universidades, periódicos, cadenas de televisión, editoriales y plataformas digitales construidas sobre el capital católico. Necesitamos empresarios católicos que tengan el valor de utilizar su influencia.

La fe no solo se sustenta en individuos o, en el mejor de los casos, en familias. Una cultura (o anticultura) transmite valores (o antivalores) que se absorben como el aire que respiramos. Esto no es un lujo.

Pero para construirlo se necesita dinero, no trivialidades. Y requiere el rechazo de la alergia teológica a la prosperidad cultivada por eclesiásticos que nunca se han preocupado realmente por una factura de calefacción.

Polonia contra Quebec: catolicismo atmosférico contra evaporación cultural

Giles Fraser explica perfectamente el contraste. El catolicismo polaco, aunque bajo presión, persiste a nivel social porque sigue impregnando el aire cultural. El de Quebec se ha derrumbado porque allí el catolicismo se había reducido a un hobby, una opción más junto al fútbol del domingo y a Netflix.

El catolicismo atmosférico requiere infraestructuras. Las infraestructuras requieren propiedades. Las propiedades requieren capital. Una Iglesia que no posee nada no forma nada.

Dónde tiene razón Reichert

Reichert tiene razón cuando afirma que la propiedad es el ingrediente que falta en la respuesta católica al declive cultural. Tiene razón cuando afirma que la propiedad cristiana, ejercida de forma selectiva, puede reorientar la sociedad. Tiene razón cuando afirma que los católicos no pueden sobrevivir, y mucho menos evangelizar, si están neutralizados económicamente.

Pero también hay que decir en voz alta que han sido los propios líderes católicos quienes han cedido nuestras instituciones. Hospitales, universidades, editoriales: no nos los han robado. Los hemos secularizado con nuestras propias manos.

Una Iglesia que no ejerce el poder será inevitablemente gobernada por quienes sí lo ejercen.

Conclusión: la Iglesia tigre de papel tiene que convertirse en una Iglesia propietaria

El “maximalismo de la propiedad cristiana” de Reichert no es extremo. Es fundamental. Es oxígeno después de décadas de asfixia eclesial.

La Iglesia evangelizó el mundo una vez porque poseía cosas: tierras, escuelas, hospitales, corporaciones, ministerios, imprentas, universidades. No volverá a evangelizar vendiendo parroquias, cerrando escuelas y alabando una “Iglesia pobre” que ni siquiera puede permitirse su propia misión.

La cuestión fundamental es ésta: o los católicos vuelven a ser una clase propietaria —construyendo, comprando, controlando, moldeando— o podemos abandonar la farsa y aceptar nuestro papel de sirvientes bien educados en el imperio de otra persona.